

APARICIÓN A MARÍA MAGDALENA - CONTEMPLANDO LA SUMA BONDAD

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [Google Drive](#)]

Texto extraído del **Tratado del Amor de Dios** (Libro Décimo, Cap. IX y X) de San Francisco de Sales, en el que el Santo nos invita a reflexionar sobre cómo debemos **AMAR A LA DIVINA BONDAD SUMAMENTE Y MÁS QUE A NOSOTROS MISMOS**, y sobre cómo **LA SANTÍSIMA CARIDAD PRODUCE AMOR AL PRÓJIMO**.

El amor de Dios, sin embargo, precede a todo amor a nosotros mismos, aun por inclinación natural de nuestra voluntad, tal como queda declarado en el libro primero.

La voluntad está de tal manera dedicada y consagrada a la bondad, que, si una bondad infinita le es mostrada claramente, es imposible, sin un milagro, que no la ame sumamente. Así, los bienaventurados se sienten arrebatados e impelidos, aunque no forzados, a amar a Dios, cuya suma bondad contemplan con toda claridad.

Mas, en esta vida mortal, no nos sentimos apremiados todos a amarle tan soberanamente, pues no le conocemos tan perfectamente. En el cielo, donde le veremos cara a cara, le amaremos de corazón a corazón, es decir, al ver todos, si bien cada uno según su medida, la infinita hermosura con una visión extremadamente clara, seremos arrebatados por el amor de su infinita bondad, con un encanto tan fuerte, que no querremos ni podremos hacerle jamás resistencia. Pero, en esta tierra, donde no vemos esta soberana bondad en su belleza, sino que tan sólo la entrevemos en medio de nuestras oscuridades, nos sentimos inclinados y atraídos, pero no arrebatados a amarle más que a nosotros mismos; sino antes al contrario, aunque tenemos esta santa inclinación a amar a la Divinidad sobre todas las cosas, no tenemos, sin embargo, fuerza para ponerla en práctica, si esta misma divinidad no derrama sobrenaturalmente sobre nuestros corazones su santísima caridad.

Es verdad, no obstante, que, así como la clara visión de la Divinidad produce infaliblemente la necesidad de amarla más que a nosotros mismos, a su vez, la visión velada, es decir, el conocimiento natural de la Divinidad, produce infaliblemente la ternura y la inclinación a amarla también más que a nosotros mismos. Porque, dime, Teótimo, ¿es posible que la voluntad destinada a amar el bien, pueda conocer, siquiera un poco, el bien sumo, sin sentirse al mismo tiempo inclinada, aunque sólo sea un poco, a amarle extraordinariamente? Entre todos los bienes que no son infinitos, nuestra voluntad preferirá siempre, en su amor, el que más de cerca le toque, y, sobre todo, el propio bien; pero hay tan poca proporción entre lo infinito y lo finito, que nuestra voluntad, que conoce un bien infinito, se siente indudablemente conmovida e incitada a preferir la amistad del abismo de esta bondad infinita a toda otra suerte de amor, y aun al de nosotros mismos.

Pero esta inclinación es principalmente fuerte en nosotros, porque estamos más en Dios que en nosotros mismos; vivimos más en Él que en nosotros, y somos de tal manera de Él, por Él, y para Él, que no podemos pensar serenamente lo que nosotros somos con respecto a Él y lo que Él es con respecto a nosotros, sin que nos veamos forzados a exclamar: “Soy vuestro Señor, y no he de ser sino para Vos; mi alma es vuestra, y no debe vivir sino para Vos; mi amor es vuestro, y no ha de tender sino hacia Vos. Debo amaros como a mi primer principio, pues vengo de Vos; he de amaros como a mi fin y mi reposo, pues soy para Vos; he de amaros más que a mi ser, pues mi ser subsiste por Vos; he de amaros más que a mí mismo, pues soy todo vuestro y esto todo en Vos”.

Así como Dios creó al hombre a su imagen y semejanza¹, así también le ordenó un amor al hombre a imagen y semejanza del amor debido a su divinidad. Amarás —dice— al Señor Dios tuyo con todo tu corazón. Este es el primero y el más grande mandamiento. El segundo es semejante al primero: Amarás al prójimo como a ti mismo². ¿Por qué, amamos a Dios? La causa por la cual amamos a Dios —dice San Bernardo— es el mismo Dios; como si dijera que amamos a Dios, porque es la suma e infinita bondad. ¿Por qué nos amamos a nosotros mismos en caridad? Porque somos la imagen y la semejanza de Dios. Ahora bien, puesto que todos los hombres tienen esta misma dignidad, les amamos también como a nosotros mismos, es decir, en su calidad de imágenes santas y vivientes de la divinidad, porque es merced a esta cualidad, que pertenecemos a Dios, con una tan estrecha alianza y amable dependencia, que no tiene ninguna dificultad en llamarse nuestro padre y en llamarnos hijos suyos; y es por esta cualidad, que somos capaces de unirnos a su divina esencia, por el goce de su bondad y de su felicidad soberana; es por esta cualidad, que recibimos su gracia y que nuestros espíritus están asociados al suyo santísimo, hechos, por decirlo así, partícipes de su divina naturaleza, como lo dice San Pedro³.

De esta manera, pues, la misma caridad que produce los actos de amor a Dios produce, al mismo tiempo, los actos de amor al prójimo. Y así como Jacob vio que una misma escalera tocaba al cielo y a la tierra y servía a los ángeles tanto para subir como para bajar, igualmente sabemos nosotros que un mismo amor se extiende a amar a Dios y a amar al prójimo, levantándonos a la unión de nuestro espíritu con Dios y conduciéndonos a la amorosa compañía de los prójimos, pero de tal suerte que amamos al prójimo en cuanto es la imagen y la semejanza de Dios, creada para comunicar con la divina bondad, para participar de su gracia y gozar de su gloria.

Amar al prójimo por caridad, es amar a Dios en el hombre o al hombre en Dios; es amar a Dios por amor al mismo, y a la criatura por amor a Dios. [...] Cuando vemos al prójimo creado a imagen y semejanza de Dios, ¿no deberíamos decirnos, los unos a los otros: Ved cómo se

¹ Mt., 5, 23-24

² Jn., 15, 13

³ Gen., 1, 26

parece a su Creador esta criatura? ¿No deberíamos llenarle de bendiciones? Más, ¿por amor a él? No, por cierto, pues no sabemos si, de suyo, es digno de amor o de odio. ¿Pues por qué?

Por el amor de Dios, que lo ha formado a su imagen y semejanza y, por consiguiente, lo ha hecho capaz de participar de su bondad, en la gracia y en la gloria; por el amor de Dios, de quien es, a quien pertenece, en quien está, para quien es y a quien se parece de una manera tan singular. Por esta causa, el amor divino no sólo ordena el amor al prójimo, sino que, muchas veces, él mismo lo produce y lo derrama en el corazón humano, como imagen y semejanza suya; pues, así como el hombre es la imagen de Dios, de la misma manera el amor sagrado del hombre al hombre es la verdadera imagen del amor celestial del hombre a Dios.

Pero este discurso del amor al prójimo requiere un tratado aparte, por lo que suplico al soberano Amante de los hombres que lo quiera inspirar a alguno de sus excelentes siervos, pues el colmo del amor a la divina bondad del Padre celestial consiste en la perfección del amor a nuestros hermanos y compañeros.

†

Renovemos nuestros propósitos con estos nuevos Ejercicios

¡Ave María y adelante!